

ARQUITECTURA Y MODERNIDAD EN CHILE 1925-1965. UNA REALIDAD MÚLTIPLE*

Rodolfo Santa María**

*ELIASH, Humberto y Moreno, Manuel. "Arquitectura y modernidad en Chile, 1925-1965. Una realidad múltiple"; Ediciones Universidad Católica de Chile, serie Arte/Arquitectura, Santiago de Chile, diciembre 1989. Humberto Eliash Díaz, arquitecto chileno. Profesor e investigador de la Universidad Católica de Chile. Director de la revista ARS. Trabajo profesional en el despacho Murtinho y Asociados. En el primer número de *Diseño y Sociedad* publicamos su texto "Dimensión arquitectónica de la periferia" (ponencia presentada en el III Encuentro de Arquitectura Latinoamericana, Manizales, 1987). Manuel Moreno Guerrero, arquitecto chileno. Ha sido docente en las facultades de arquitectura de la Universidad de Chile y de la Universidad Católica. Ejerce la profesión desde 1979 ha obtenido varios premios nacionales.

El libro de Humberto Eliash y Manuel Moreno que comentamos esta vez en nuestras "lecturas" es el producto evidente de muchos años de trabajo y reflexión. Ya en 1985 y como antecedente de ésta obra, Cuadernos *Luxalon* (Santiago de Chile) les había publicado *Arquitectura moderna en Chile, 1930-1960, testimonios y reflexiones* que es un proyecto conjunto que suma intereses y trabajo previos realizados individualmente por Eliash y Moreno. En 1986 publicaron en la revista *Summa* (Núm. 230) "Arquitectura moderna en Chile, 1930-1960. Notas para una historia crítica". Ya en este trabajo, Eliash y Moreno se habían propuesto recuperar y documentar, desde una visión crítica, la arquitectura moderna de su país. Sin pretender escribir la "historia oficial" del movimiento moderno chileno, lo que pretendían entonces, "desde la perspectiva de nuestra generación, y asumiendo que un ciclo de la arquitectura moderna se cierra para bien o para mal", era "testimoniar con obras y eventos lo que ocurrió en el periodo y reflexionar sobre algunos de los temas que surgen de su análisis".

"Arquitecturas paralelas en Chile:

una realidad sumergida", publicada en 1988 en el número 26 de *Anales* (revista del Instituto María J. Buschiazzo, editada en Buenos Aires por Alberto Petrina), es un ejemplo de cómo detenerse a reflexionar sobre lo encontrado. Y entre otras cosas, lo que Eliash y Moreno encuentran en la arquitectura chilena del periodo que va de la década de los veinte a la de los cincuenta, es una constante "superposición" de manifestaciones arquitectónicas y de diferentes visiones, coexistiendo en un mismo tiempo y un mismo espacio. A este fenómeno, los autores le llaman "arquitecturas paralelas" en un intento por tratar de leer la arquitectura de este periodo desde un punto de partida diferente que nos permita encontrar las particularidades de una arquitectura que no puede ser explicada a partir del "eclecticismo" como categoría única, o como "estilo" al que el movimiento moderno tuvo que vencer. Para Eliash y Moreno, hasta los años cincuenta, la modernidad racionalista fue una más de las numerosas tendencias manifestadas en la arquitectura chilena.

En estos trabajos previos se apuntan

** Profesor titular de la División de Ciencias y Artes para el Diseño de la Universidad Autónoma Metropolitana-Xochimilco

ya las principales líneas de trabajo y varias de las hipótesis que sustentan el libro que ahora reseñamos.

Habría que señalar primero que el recorrido que nos proponen Humberto Eliash y Manuel Moreno no es un recorrido lineal. Los seis capítulos que constituyen el libro, transitan en diversas direcciones durante estos cuarenta años de la arquitectura chilena, arquitectura tan poco conocida pero tan reconocible para nosotros en esta parte tan al norte del "cono sur".

De la estructura del libro y sus postulados

El libro abre con una presentación de Ramón Gutiérrez, a la que sigue una introducción de los autores y seis capítulos: "Los escenarios del cambio"; "De la modernidad importada a la apropiación de la modernidad"; "Arquitecturas paralelas: una realidad sumergida"; "La arquitectura del Estado: una experiencia sin evaluar"; "Los mecanismos reguladores en la arquitectura moderna"; "Los frutos de la modernidad". Concluye en una serie de "Consideraciones finales" que sintetizan el universo analizado y apuntan líneas de trabajo. Se incluye, además, a manera de anexo, una abundante relación de libros, documentos y revistas sobre arquitectura chilena que apoyaron el trabajo de investigación, y nos proporcionan una buena imagen del periodo analizado.

La construcción de una historiografía propia no se reduce a un volver a hacer la historia de nuestra historia. Supone puntos de partida diferentes, y el uso (y la construcción) de categorías que nos permitan entender nuestra realidad, con sus particularidades y contradicciones. Desde la introducción los autores parecen convencidos de ello y nos explicitan el marco de referencia que orienta el trabajo, y las reglas del juego adoptadas para realizarlo.

De entrada, los autores se declaran "arquitectos inmersos en la práctica profesional" e interesados en este periodo histórico de la modernidad, ante la "posibilidad de encontrar en él ciertas claves que expliquen el presente y por lo tanto se conviertan en herramientas de trabajo ligadas al quehacer profesional". Esto define un punto de partida específico y una metodología

particular para seleccionar y analizar la historia de la arquitectura.

Otro aspecto que va a definir la metodología empleada es, a decir de los autores, la pobreza historiográfica sobre la arquitectura chilena del siglo XX. Esto les llevó a dar una importancia particular al análisis de las fuentes directas: los autores y las obras. En el primer caso, y dada la relativa "cercanía" del periodo estudiado, la ausencia de fuentes documentales pudo ser salvada por medio de la entrevista directa, ya que "gran parte del material informativo se encuentra en estado latente en los recuerdos de los protagonistas". En el análisis de las obras se trató de encontrar datos objetivos de su proceso de realización, de las condiciones en que surgieron, y el impacto que produjeron en su momento. Los autores consideran que cuentan con la distancia necesaria para analizar el periodo "desapasionadamente", y con la suficiente cercanía "como para recurrir a fuentes directas y a la posibilidad de evaluar obras en pleno funcionamiento, con razonable recorrido de tiempo".

La metodología asumida permitió a Eliash y Moreno hacer una lectura arquitectónica de las obras que trasciende su mera descripción y organización cronológica. Las obras se analizan también a la luz de lo que hoy significan para la ciudad en la que se insertan, y en el contexto de la producción global de arquitectura moderna chilena. Para ello "ha sido necesario... armar, desarmar y rearmar esquemas metodológicos en busca de modelos apropiados a nuestra contradictoria realidad".

La propuesta metodológica adoptada, quisiéramos subrayarlo, parece ser una alternativa para estudiar a la arquitectura como parte de la ciudad y como proceso (asunto sobre el que se ha venido insistiendo desde hace por lo menos veinte años). El edificio es visto como algo que no empieza ni termina con la obra construida, sino como un proceso que se inicia mucho antes (en el contexto histórico mismo), y que se extiende hasta la vida del edificio, con sus usuarios y con la ciudad.

Desde el punto de vista historiográfico, los autores dicen en la introducción que lo que pretenden es realizar un trabajo que "desde la especificidad de la arquitectura, intente ligar tendencias con su contexto social,

cultural y político". Esto es, dar a la historia de la arquitectura una dimensión social y cultural, pero también hacer consciente a la cultura histórica del "papel fundamental que ha tenido la arquitectura en la conformación de nuestra identidad nacional y en lo eloquentes que resultan las obras construidas, para demostrar virtudes y vicios de los sucesivos modelos políticos, económicos y culturales que Chile ha tenido en su historia".

Otra preocupación historiográfica de los autores es la relación modernidad/arquitectura, y las modalidades que ésta adopta desde su aparición en la década de los veinte, hasta la "institucionalización de la modernidad" a mediados de los años sesenta. Para ellos "la modernidad en arquitectura es más amplia que el movimiento moderno, el racionalismo y el funcionalismo" y es, sobre todo, un fenómeno que no puede ser analizado solamente a la luz de su correspondencia o "desviación" de los modelos europeos o norteamericanos. Para los fines de este trabajo, los autores entienden la arquitectura moderna como "aquella que va surgiendo desde los procesos de modernización, en cuanto relación con el movimiento cultural y social, con los avances tecnológicos y principalmente con nuestra propia historia de la arquitectura".

Es esta intención de analizar la arquitectura moderna chilena desde una visión más amplia, la que los lleva a estructurar el libro en capítulos que nos hacen volver una y otra vez, desde visiones diversas, sobre el mismo periodo o sobre las mismas obras. También es por ello que, además de analizar las "obras-manifiesto", es decir, aquellas que reflejan en nuestros países el cumplimiento de las "etapas" por las que transcurrió el movimiento moderno internacional, Humberto Eliash y Manuel Moreno se acercan a la arquitectura doméstica y a la de servicios. Estas obras que "no destacan ni por su originalidad ni por su diseño", pero que "permiten revisar las diferentes motivaciones y valores que finalmente trascienden a la sociedad en general y se quedan formando parte de la identidad nacional". Es en esta arquitectura en donde encontramos "una mezcla inédita e ineludible de imágenes y órdenes subyacentes que poco tienen que ver con los principios éticos

y estéticos de la modernidad de las vanguardias".

Del texto y sus contenidos

La tentación de detenerse en cada uno de los capítulos del libro y reseñar lo que en ellos encontramos fue grande, sin embargo, hemos tenido que limitarnos a entresacar aquellos aspectos que consideramos relevantes, para no abusar de este espacio.

Una afirmación que aparece desde los primeros trabajos conjuntos de Humberto Eliash y Manuel Moreno, y que en este texto se convierte en tesis para la interpretación de la arquitectura moderna en Chile, es que "el art nouveau, art déco, colonial y racionalismo llegaron casi simultáneamente a partir de los veinte". Se afirma, además, que "lo que en Europa tuvo un largo desarrollo, aquí llegó comprimido en un corto periodo". Este hecho definirá, en buena medida, la trayectoria de la arquitectura moderna chilena: sus características peculiares, su coexistencia durante casi tres décadas con otras expresiones arquitectónicas y su falta de relación con el desarrollo técnico y socioeconómico local. Para los autores, los cambios sociales, técnicos y económicos, lo mismo que las transformaciones que se llevaban a cabo en el interior de la práctica profesional (o en la conformación de las demandas planteadas a los arquitectos chilenos), no tuvieron la misma lógica ni se expresaron con la misma contundencia que en Europa.

Eliash y Moreno opinan que "la falta de relación con las ideas imperantes se expresa en una arquitectura que, más que una necesidad, es el esfuerzo de intelectuales y arquitectos por adoptar las ideas modernistas europeos, pero sin captar la totalidad que allí se está gestando. La arquitectura chilena de estas primeras décadas, carecerá de la fuerza ideológica que le dio origen en Europa, y será adoptada frecuentemente como agregado "epidérmico" a tipos planimétricos y espaciales clásicos.

Una de las hipótesis del trabajo que debemos reiterar, es que la arquitectura chilena siguió un camino propio (y accidentado como en toda Latinoamérica). Un camino que no puede ser leído en función de su fidelidad a los modelos europeo y norteamericano, sin correr el riesgo de dejar fuera de la

historia "episodios completos" de la arquitectura local. Se hace necesaria, por tanto, una nueva periodización que parta del análisis mismo de los edificios en relación con el contexto sociocultural más amplio.

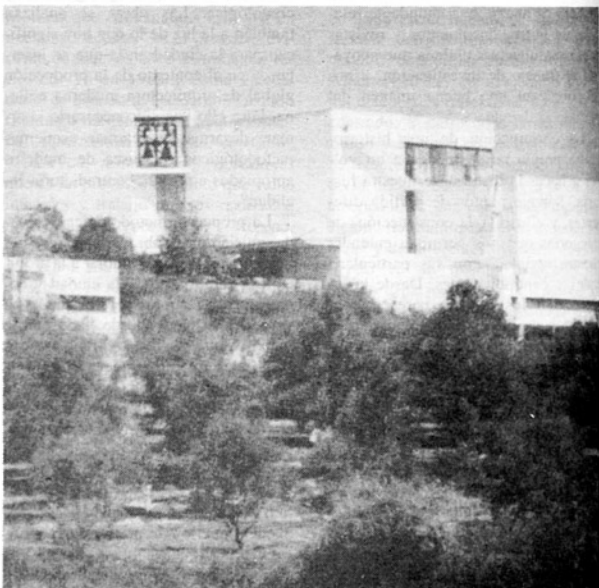
Así, en el texto se establece una primera etapa (que iría de 1910 hasta 1930) en la que coexisten diferentes expresiones arquitectónicas, y en donde están presentes la búsqueda de una arquitectura y una identidad nacionales, lo mismo que un deseo de "modernización", a pesar de que el modelo que se pretende seguir sigue siendo el europeo.

Es durante este periodo también, cuando se empiezan a registrar cambios que impactarán la práctica de la arquitectura. Ocurren entonces fenómenos como el gran crecimiento urbano de ciudades como Santiago (pasa de 300 mil habitantes en 1910 a 700 mil en 1930) y Valparaíso. Este proceso es acompañado por una modificación importante de las características urbanas precedentes: aparición de nuevas tipologías arquitectónicas (los "rascacielos" por ejemplo) y urbanísticas (los "barrios jardín"). En este mismo lapso los autores registran el desa-

rrollo de importantes oficinas de arquitectos (como las de Smith Solar y Smith Miller, Siegel y Geiger, Cruz Montt, de la Cruz y Rojas, Larrain Bravo, etc.); el cambio de estatus de los equipos profesionales en el interior de los organismos del Estado. Con las transformaciones económicas experimentadas después de la Primera Guerra Mundial, se da un crecimiento de los servicios y administración del Estado, ya que éste destina una gran cantidad de recursos para obras públicas.

No puede dejarse de mencionar que en esta etapa las escuelas de arquitectura comienzan a ser impactadas por el movimiento moderno y la Reforma de Córdoba (1918).

En la década de los treinta, los autores registran una serie de transformaciones que hacen de esta época un hito en la historia de la arquitectura chilena. Según Eliash y Moreno, "varias son las obras que logran trascender la imagen epidérmica de lo moderno y constituirse en un todo coherente". Entre estas obras se encuentran: el edificio Oberpaur ("la primera obra consistentemente moderna" según los autores) de Sergio Larrain y Jorge Arteaga, realizada en Santiago entre 1929



Capilla de Los Benedictinos



Cap. DUCAL, Santiago

y 1930; el Hogar Parque Coustíño, de Jorge Aguirre y Gabriel Rodríguez, de 1939; el Hogar Hipódromo Chile, de Geghard y Aguirre, de 1941; el edificio Plaza Bello, de Sergio Larraín, de 1947.

A este panorama se suma el hecho de que los arquitectos empiezan su incursión en otros campos disciplinarios. Se crea en 1942, el Colegio de Arquitectos, y en 1946 los CIAM chilenos.

Otros elementos se incluyen en la descripción de este lapso: "el terremoto de Chillán de 1939, la presencia de Pedro Aguirre Cerda con el Frente Popular y su programa de modernización, junto con el comienzo de la Segunda Guerra Mundial, definen un nuevo contexto en el que se desarrollará la arquitectura chilena". Una normativa que reforzando las medidas técnicas de seguridad estructural daría pie a la instalación del lenguaje moderno y al ascenso de las clases medias al poder político, aspectos éstos que definen el nuevo contexto. Esto se traduciría en una arquitectura "racionalista" que va a expresarse en imágenes navales o la eliminación de todo ornato en las obras construidas en los nuevos barrios, pero es con el gobierno de Cerda que la modernidad "se materializa" en las obras sociales para los estratos medios (vivienda popular masiva, hogares

populares, cajas de crédito, reconstrucción de Chillán).

Para Humberto Eliash y Manuel Moreno, en los años cincuenta se inicia una nueva etapa, en la cual "la idea de modernización y desarrollo se impregna en todos los estratos de la sociedad chilena". Su impacto en la arquitectura se materializará en la adopción de "modelos del mundo desarrollado, los que sin contrapeso cambiarán rápidamente el paisaje urbano de nuestras ciudades".

Otro factor que se introduce en el análisis del surgimiento y "apropiación" de la modernidad, es el de las influencias externas; resulta por eso particularmente interesante la manera como Eliash y Moreno abordan este proceso. Las influencias "externas" no son analizadas desde una plataforma moral que las descalifica. Son entendidas como parte de un proceso de "búsqueda de un camino propio" que va encontrando su validez en la medida en que se plantea dar respuesta a las condiciones locales.

La historia y la cultura chilena se caracterizarían por la "carencia de una fuerte civilización precolombina", un alto grado de homogeneidad lingüística y cultural (como sucede de hecho en gran parte del cono sur), la "inquietada búsqueda" de una identidad cultural,

política y económica y su condición particular de *finis terrae*, que "ha creado una permeabilidad bastante singular". Todos estos factores, unidos a la particular situación que viven la Europa y la América de entreguerras, posibilitan tanto la realización de frecuentes viajes (de estudio, trabajo y turísticos) de arquitectos desde y hacia los dos continentes, como la difusión de imágenes e ideas de lo que sucede en Europa y Estados Unidos hacia Chile.

Los autores encaran esta particularidad de la historia chilena en un intento por analizar su impacto en las obras mismas, y las vías a través de las cuales lograron o no "insertarse en el tejido social y urbanismo nacional". Es así como se señala que algunas de las obras de este periodo (como el edificio Oberpaur, el Cap Ducal o el Hotel Carrera) "son hasta hoy día reconocidas como bien asimiladas por el medio y forman parte de nuestra identidad", mientras otras permanecen ajenas "como experimentos frustrados". Del análisis de este proceso, se deduce que "no es el mecanismo de llegada de la influencia, ni siquiera el mayor o menor parecido del edificio con respecto a su original, lo que asegura su correcta adecuación, sino los mecanismos por los cuales se produce la adaptación a la realidad del medio local". Es importante subrayar que los autores dedican una parte importante de su trabajo a develar estos mecanismos.

A lo largo del libro se abordan las influencias que los arquitectos y artistas extranjeros residentes en Chile tuvieron en el desarrollo de la arquitectura moderna local, el urbanismo y la enseñanza de la arquitectura. Se trata en un apartado especial el papel que jugaron en este proceso las influencias de Le Corbusier y de la Bauhaus. Según los autores, estas últimas van a ser determinantes en la adopción de un modelo que permitirá el "libre paso a la cultura norteamericana y al estilo internacional".

Sobre Le Corbusier, afirman, que "antes que la influencia impresa en las obras mismas, hay una actitud generacional que proviene directamente de la ética frente a la arquitectura. Reconocemos en él más que en otros maestros del movimiento moderno al impulsar la idea de arquitecto como reformador

social, como héroe que proclama *arquitectura o revolución*".

Diversas fases de esta influencia serán motivo de análisis: una primera de "transposición de imágenes más que de conceptos", en la cual proliferan "injertos de cubos blancos, ventanas alargadas, pilotes, techos planos y rampas como palabras bien y mal escritas de un texto que se estaba comenzando a escribir". Una segunda etapa "de reelaboración de tipos arquitectónicos, urbanos y constructivos", que responden mejor a la problemática propia. Esta última fase va a dar obras importantes para la historia chilena, y coincidirá con la influencia que ejerce Le Corbusier indirectamente a través de arquitectos brasileños y japoneses.

A finales de los años cincuenta e inicios de los años sesenta, surgirán las obras más significativas producto de esta influencia: la Unidad Vecinal Portales (de Valdés, Castillo y Bresciani), la sede de la CEPAL (de Emilio Duhart), la Capilla de los Benedictinos (de los hermanos Gabriel y Martín) y la Cooperativa Eléctrica de Chillán (de Borchers, Suárez y Bermejo). De la importancia de Le Corbusier y de las obras maduras de arquitectos chilenos

que siguieron sus postulados, influyen en generaciones posteriores de profesionales; tanto en aquéllos que ejercen la práctica privada, como en grupos inscritos en oficinas estatales.

En el caso de la Bauhaus, se da un proceso similar al anteriormente señalado. Hasta 1940 se desarrolla una primera etapa en la que se aplica el vocabulario sin más contenido. En un segundo momento se logrará la asimilación de las propuestas espaciales y teóricas. De la segunda fase se señalan como obras representativas: el Hogar Parque Cousiño, de Aguirre y Rodríguez (1941), y el edificio Plaza Bello de Larraín y Duhart (1947), ambas en Santiago.

La llegada a Chile de Tibor Weiner (discípulo de Hannes Meyer) y de Joseph Albers (el primero como profesor de la Universidad de Chile, y el segundo como invitado de la Universidad Católica) será un hito importante en este lapso.

En el ámbito de las influencias externas, se apunta como de gran peso en la adopción de la modernidad, la arquitectura proveniente de Estados Unidos. Esta situación sería anterior a la llegada del movimiento moderno, y se

presenta desde finales del siglo XIX en los sistemas constructivos y en las tipologías adoptadas para resolver ciertos tipos edilicios en diversas ciudades. A partir del inicio de la década de los años veinte, ciudades como Santiago y Valparaíso empezaron a incorporar más directamente los aportes de la arquitectura moderna norteamericana. De allí el surgimiento de tipologías de edificios de oficinas y de servicios influidos por la Escuela de Chicago, y hacia los años treinta, por la utilización del *art déco* en edificios importantes. En esta época las empresas norteamericanas realizan proyectos en Chile, a la vez que algunos arquitectos chilenos se trasladan hacia Estados Unidos a estudiar o trabajar.

Después de la Segunda Guerra Mundial, se producirá en Chile una gran difusión de las obras del estilo internacional. Así surgen tipologías como la de "torre y placa", el muro cortina, las fachadas móviles, etc., y adquiere especial importancia la tecnología constructiva y el "manejo pragmático y funcional de los problemas". A nivel urbano, se asoman en esta etapa los barrios diseñados bajo el modelo de "ciudad jardín", y se establece un "modelo oficial de ciudad".

Otra categoría importante de analizar (y que aparece desde el trabajo que Eliash y Moreno publicaron en *Summa* en 1986) es la de "*arquitecturas paralelas*". Con este concepto se define el proceso de simultaneidad temporal y espacial de diferentes visiones" que coexisten en la arquitectura chilena del periodo 1920-1950.

Ya nos referimos con anterioridad a este fenómeno en el que la arquitectura moderna parece ser sólo una entre varias expresiones presentes en la arquitectura chilena de esta época. Según los autores, "esta variedad de propuestas fueron posibles, en gran medida, debido a la inexistencia de una influencia o proyecto cultural hegemónico".

Los autores nos dicen que "varios de los edificios considerados hoy como paradigmas de una modernidad emergente entre las décadas los veinte a los cincuenta (como la clínica Santa María o el Cap Ducal) estuvieron a punto de ser *art déco* o *Expressionista*". Sus autores analizaron diversas opciones de lenguaje según las particulares circunstancias del encargo o del cliente.



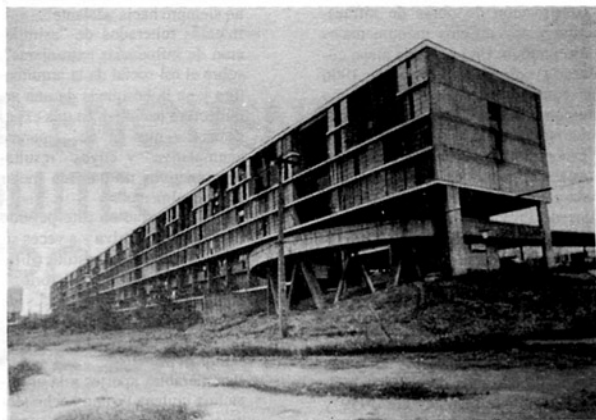
Edificio Santa Lucia
Arq. Sergio Larraín

te. Del mismo modo es común encontrar en este periodo oficinas de arquitectos que hacían simultáneamente estilo francés, escuela de Chicago, racionalismo Tudor". Las *arquitecturas paralelas*, por lo demás, no son exclusivas de Chile, esta situación se dio también en la historia de la arquitectura mexicana y, sin duda, en la de otros países latinoamericanos. El aporte de Eliash y Moreno es convertirla en categoría de análisis para estudiar y entender un fenómeno propio del periodo. Lo más importante, tal vez, es que esta categoría no se utiliza para descalificar el periodo en bloque. Así, desde esta perspectiva nos dicen que "transcurridos más de 40 años, tiempo prudente para evaluar su impacto, estas obras han demostrado tener algunos valores que es bueno destacar. Su misma debilidad conceptual las hizo pragmáticas, teniendo una visión frente a la materialidad y a la relación exterior en su fachada, que ha permitido que sigan vigentes y no sean agentes de deterioro urbano, como ha ocurrido en cambio con obras del purismo vanguardista". Esta conclusión resulta toda una corriente que califica a los productos de la arquitectura histórica y de la ciudad.

En la presentación del libro, Ramón Gutiérrez nos dice que los autores logran desmitificar las "antiguas variables de análisis" y las "verdades instituidas", y creemos que es esto justamente lo que hacen al introducir una variable como "el gusto" para ofrecer una "explicación posible" de las *arquitecturas paralelas*.

El fenómeno de las *arquitecturas paralelas* se da, según los autores, en un momento en que la cultura chilena "comienza a girar la mirada" de la vieja Europa hacia Estados Unidos. Cambio de objetivo que significa no sólo un nuevo modelo formal, sino una forma de vida en donde "ya no serán las ideas quienes produzcan el cambio, sino los objetos y patrones domésticos quienes lo hagan".

No toda la arquitectura se define por medio del gusto individual, como tampoco todos los sectores de la sociedad pueden definir la arquitectura que utilizan y en la que habitan, a través de sus opciones personales de gusto. Esto está claro en la propuesta de Eliash y Moreno, pues lo que ellos afirman, es que "es en el encargo menor donde aparecen claramente las opciones de



Unidad Vecinal Portales, 1961
Arqs. Bresciani, Valdés, Castillo y Huidobro

gusto", y que "en el caso chileno, los grupos sociales generadores de gustos colectivos, recién en la década de los cincuenta comenzaron a aceptar los valores de la modernidad en la arquitectura", fenómenos que se habían manifestado con anterioridad particularmente en la vivienda de la clase media y en algunos edificios del Estado.

Es precisamente en esta época (hacia los años cincuenta), que las *arquitecturas paralelas* son reemplazadas definitivamente por la modernidad, que se "institucionaliza" como único lenguaje posible.

Un fenómeno parecido se registra a escala de la ciudad, donde están presentes también "urbanismos paralelos". Experiencias urbanísticas que se dan como una línea coexistente con el urbanismo y el diseño urbano "oficiales", y que es necesario analizar y evaluar.

Aquí, los autores se detienen en tres experiencias que ellos consideran representativas: La reconstrucción de Chillán (destruida en 1655 por los indios, en 1751 y en 1835 por terremotos, y arrasada una vez más en 1939 por otro terremoto que destruye también Parral, Cauquenes y Concepción); el Plan Re-

gulador para Santiago de Karl Brunner (1934), y el Plan Serena, realizado a partir de 1946 por Ulriksen, González Valcárcel y Prager.

Estas experiencias, realizadas en "paralelo" al urbanismo oficial (caracterizado como en todo el mundo por la zonificación de funciones urbanas, el diseño de edificios aislados, unidades vecinales, etc.) serían, según los autores, experiencias de un "urbanismo pragmático y renovador" por evaluar.

Otras experiencias "pendientes" serían también las que resultan de la arquitectura del Estado. Eliash y Moreno dedican un capítulo de su obra al análisis de este fenómeno, que como menciona Ramón Gutiérrez en la introducción, se inicia en Chile "con anterioridad a otros países del continente". De acuerdo con los autores, desde finales del siglo XIX hasta la crisis de la década de los años setenta, se desarrolla un proceso creciente de influencia del Estado sobre la construcción de la vivienda, el equipamiento y las obras públicas, proceso similar al registrado en los campos de la salud y la educación.

En el campo de la vivienda se identifican cuatro grandes fases de este

proceso: la primera (que se extendería hasta la primera década de este siglo) en que la participación del Estado en la vivienda es casi nula y se centra en la construcción de obras de infraestructura y de edificios monumentales de uso público. Una segunda etapa comenzaría con el terremoto de 1906 (que daña seriamente ciudades como Santiago y Valparaíso y evidencia la crítica situación de salubridad en que se encontraba la vivienda) y da lugar al establecimiento de una legislación pionera en el continente en materia de Cajas de Previsión para la construcción de viviendas económicas. Otro terremoto (esta vez en Chillán y Concepción en 1939) marca el inicio de una tercera etapa en la que el Estado desarrolla programas masivos de reconstrucción, planos reguladores para las poblaciones afectadas y la construcción de edificios de carácter cívico. La siguiente etapa (entre 1959 y 1960) estará caracterizada por la creación del Ministerio de la Vivienda (que fusiona diversos organismos preexistentes), y la aparición de conjuntos habitacionales a base de torres, planteados como solución tipo al problema de la vivienda.

Humberto Eliash y Manuel Moreno apuntan en este análisis otros aspectos del rol jugado por el Estado en el desarrollo de la arquitectura moderna chilena: la apertura de nuevos campos profesionales, tanto dentro de las oficinas estatales como en los despachos profesionales que construyen o proyectan obras para el Estado; la modificación del rol social del arquitecto y de su estatus profesional, y la vinculación entre el "proyecto de modernidad arquitectónica" y los proyectos de modernidad social de los diferentes gobiernos.

La arquitectura moderna latinoamericana no ha seguido un camino unidireccional y seguro; éste ha estado lleno de tropiezos, caídas y también, sin duda, de avances. Después de analizar la arquitectura chilena producida entre 1925 y 1965, se arriba a las consideraciones finales diciendo que "el recorrido por estas cuatro décadas de arquitectura en Chile deja sensaciones contradictorias".

— Una gran cantidad de obras producidas y una gran diversidad de corrientes y estilos que harían suponer un avance correspon-

diente en términos ideológicos, profesionales y sociales, y la constatación de que los pasos dados han sido "muy débiles y no siempre hacia adelante".

— Intentos reiterados de "asimilación de influencias extranjeras", sobre el rol social de la arquitectura y en la búsqueda de una arquitectura nacional, en una experiencia que "no parece acumulativa" y cuyos "resultados objetivos no parecen mejor sustancialmente".

— Arquitectos que en este periodo "participan sucesiva y a veces simultáneamente en estilos diferentes y hasta contradictorios". Y otros que "siendo líderes de un movimiento, fueron también líderes del que surgió como reacción al primero".

— Innumerables aportes a la arquitectura chilena "como hecho técnico, artístico y cultural", que abrieron la arquitectura y el urbanismo "hacia temas nuevos y territorios expresivos inéditos", que hacia finales de los años sesenta se ven reducidos por la priorización de una visión cuantitativa de los problemas y soluciones, y por la "sobreevaluación de la dimensión sociológica y política de la arquitectura".

La línea constante del periodo, según los autores, parece ser "el cambio". La modernidad introduce en la metodología de proyectación los conceptos de "originalidad" y "cambio" como valores, obligando a una "constante reformulación de las propuestas arquitectónicas", de la misma manera que introduce en la vida cotidiana nuevos valores que para la década de los sesenta van a ser los dominantes. Sin embargo, para Eliash y Moreno, este desarrollo accidentado de la arquitectura moderna chilena, forma parte de un proceso de "búsqueda de una identidad nacional" y en el cual, la referencia a la modernidad europea y norteamericana (sus modelos incluidos), es sólo una de las determinantes.

Finalmente, cabe mencionar que si bien los autores insisten una y otra vez a lo largo del texto sobre el carácter "pragmático y renovador" de la arquitectura y el urbanismo "paralelos" no dejan de señalar que el priorizar la acción sobre la reflexión, llevó en mu-

chas situaciones críticas a la "incapacidad para realizar una reflexiva síntesis de la experiencia acumulada (la tradición) y las propuestas renovadoras (la modernidad)". El libro cierra con un llamado a la construcción de categorías propias no sólo para la lectura de nuestra arquitectura, sino también para la construcción de una arquitectura latinoamericana sobre bases nuevas y apropiadas.

Ramón Gutiérrez, en la presentación de *Arquitectura y Modernidad en Chile* afirma: "El trabajo que Manuel Moreno y Humberto Eliash han realizado viene a cubrir no sólo un vacío informativo y crítico de la arquitectura chilena del periodo 1926-1965, sino también a plantearnos a los arquitectos americanos una serie de reflexiones metodológicas y sugerencias para abordar la problemática del arribo del movimiento moderno en nuestra circunstancia". Coincidiendo con Ramón Gutiérrez sólo agregaríamos que el texto reseñado es la evidencia de un trabajo largo y sostenido tanto de recopilación como de reflexión y análisis de información. Es también una propuesta de trabajo y una herramienta para la construcción de una arquitectura latinoamericana.

No podemos dejar de señalar, por último, que el proyecto gráfico del libro es de gran calidad, y éste sería el mérito de Alex Moreno y María Cecilia Sabaini, lo mismo que de Gabriela Echevarría (que cuidó la edición). La imagen que apoya en todo momento el texto, permite una lectura ágil y rica, reafirmando ideas, aclarando conceptos y repitiendo, cuando ello es necesario, aquellas obras que por su importancia son utilizadas como constante referencia. Se incluyen fotografías actuales y de archivo, copia de planos originales, así como dibujos elaborados ex profeso para el libro, retratos de arquitectos y urbanistas del periodo estudiado, y la reproducción de un buen número de documentos. Esta obra nos permite hacer referencias a nuestro contexto; nos hace recordar obras similares producidas en nuestro país y, sobre todo, aporta alternativas visuales y conceptuales a un medio en el cual la información y la formación están fuertemente determinados por contenidos que provienen, en su gran mayoría, del otro lado de nuestra frontera norte.